

DENTRO DEL ARMARIO

Ya llevo casi tres horas dentro de este armario, aunque realmente parece haber pasado tres largas semanas. Ahora está todo tranquilo ahí fuera. Los cadáveres de

mi familia esparcidos por el salón comienzan a cambiar ligeramente de color, incluso la sangre salpicada sobre las paredes ya está secándose.

Al tragar puedo sentir un regusto amargo en mi garganta, una detonante mezcla entre vómito, whisky y terror. Mi corazón sigue latiendo frenéticamente, creo que en

cualquier momento va a estallar, y aunque no quiero dejar de llorar no puedo hacerlo más, mis ojos no pueden estar más secos, me duelen.

Los gritos en la calle continúan. Escuché a la Señora Mas aporrear una de nuestras ventanas hace un rato, creo que intentaba pedir auxilio, una explosión acto

seguido, y ahora ese terrible hilo musical que no cesa, los gemidos de esos muertos. Porque son muertos los que se pasean por ahí devorando todo lo que se

encuentran a su paso. Hace una media hora que no entra ninguno en casa, pero aun así no me atrevo a salir de aquí. El miedo me tiene paralizada, ni siquiera el

deseo inagotable de saltar y coger entre mis brazos los cuerpos sin vida de mi familia, puede con el temor que se apodera de mis músculos.

Mi padre, o más bien. lo que queda de él, yace sobre el sofá despedazado en varios trozos, y mis hermanos mayores se reparten el suelo, llenos de mordiscos que

los han desangrado totalmente.

¡Dios! Creo que me estoy mareando.

La verdad, no se cómo ha ocurrido todo esto, no tengo ni la menor idea de cómo coño hemos llegado a esta situación. La de veces que he visto La noche de los

muertos vivientes, y ahora yo misma podría ser la protagonista de una de sus putas secuelas. ¿Qué título le pondría G.A.Romero a esto? ¿El atardecer de los

muertos vivientes dentro de un armario de mierda?

Todo pasó muy rápido.

Yo fregaba los platos en la cocina cuando ví por la ventana como una furgoneta de Prosegur se aproximaba a toda velocidad hacia mí. El automóvil avanzó

descontrolado ya dentro de nuestro jardín. Nadie conducía, el piloto se dejaba caer ensangrentado por su ventanilla.

Corrí como una loca hasta el salón sobresaltando a mis hermanos que jugaban una partida al Risk y a mi padre que disfrutaba en su sofá de la última edición de

Gran hermano.

Gracias a Dios, mi madre no estaba en casa, bueno, sigue sin estar. Salió a trabajar y aun no ha vuelto. Quizás ya no lo haga.

Antes que pudiera empezar a explicarles lo que estaba a punto de suceder, la casa tembló por completo. Todos nos echamos al suelo arropados por una enorme

ola de humo y polvo. El morro calcinado de la furgoneta quedó parado justo a un metro de mí, se había empotrado dentro de casa.

- Pero qué coño es...- comenzó a aullar mi padre casi sin incorporarse del suelo.

Con el motor aun en marcha, la furgoneta gruñía y vibraba sobre el parquet de mi salón.

El conductor seguía medio asomado con el brazo derecho totalmente estirado hacia abajo y la cabeza apoyada sobre su hombro. La sangre cubría toda su cara

resbalando con gran caudal hacia su mano y comenzando a chorrear sobre el suelo.

Supongo que fue algo instintivo por parte de mi hermano, Elías, o tal vez fue fruto de haber visto tantas películas, pero fue el único que avanzó hasta el hombre

malherido. Muy lentamente colocó sus dedos temblorosos en el cuello ensangrentado del conductor.

Nada.

La expresión de Elías se transformó. Empalideció en un segundo al girarse hacia nosotros y comunicarnos que el hombre estaba muerto.

- Sal de ahí Elías, no lo toques más - le grité.

- Y está Susi, creo que ha muerto del golpe, y casi nos mata a nosotros con otro, el muy cabrón. Seguro que inna hasta las trancas de alcohol.

Entonces recordé. No había muerto en el accidente, cuando ví la furgoneta acercarse, el conductor ya caía sobre la ventanilla

Como por arte de magia, el hombre abrió los ojos. Blancos, completamente sin vida, pero inyectados en una furia palpable. Se abalanzó sobre mi hermano

arrancándole una oreja de un mordisco. Elías gritó intentando zafarse del conductor que aun seguía medio colgado de su cuello. Le asestó otro mordisco, éste le

desgarró la yugular. La sangre salió despedida como cuando abres un refresco recién agitado.

La locura nos impregnó, al igual que la sangre de mi hermano.

Entonces comenzaron esos gemidos que no cesarían en mucho tiempo. Por el hueco que había dejado la camioneta al estrellarse surgieron extrañas figuras que se

movían torpemente. Fueron siluetas deformes mientras el polvo las cubría, más tarde la luz tenue del salón dejó al descubierto el horror.

María, la hija de la panadera caminaba apenas duras con un pie totalmente torcido. Tenía media cara desfigurada y uno de sus ojos casi colgaba sobre la mejilla.

Tras ella dos chicos vestidos con el uniforme del supermercado. Creo que uno de ellos nos trajo la compra a casa el otro día. Al más alto le faltaban los dos brazos

y se zarandeaba como una avestruz herida.

Pronto se les unieron más, una auténtica jauría de gente que en horas anteriores habían sido mis vecinos, y que ahora se habían convertido en despojos humanos,

muertos vivientes.

Un grupo se echó encima de mi otro hermano, mientras los demás se abrían paso hacia mi padre y yo.

- ¡Corre Susi, corre y escóndete! - me gritó intentando deshacerse de un cadáver. La verdad es que en ese instante no lo pensé dos veces, y me volví en busca de

un lugar donde refugiarme.

La mayoría de los zombies estaban atareados comiéndose a mis hermanos, o reduciendo a mi padre en el sofá. Otros tan solo daban tumbos sin sentido.

Me metí en el armario de las bebidas, dejando atrás los últimos gritos desgarrados de papá.

Dentro, a oscuras, lloré. Me cubrí la cara con los brazos y recé para que no me encontraran. Podía oír como mordían, como desgarraban y masticaban la sangre,

mientras gruñían como animales.

Miré por la ranura de la puerta para ver como el cuerpo de papá era descuartizado y devorado. Alguna arcada me vino a la garganta. Me contuve, no podía llamar

la atención.

Pensé entonces en mi madre. ¿Estaría bien? ¿Estaría a salvo en su trabajo? Deseé estar de nuevo en la cama como esta mañana, cuando mamá se despidió de mí

antes de ir a trabajar. Me arropó con el edredón, me besó en la mejilla tres veces y me susurró con su voz tierna.

- Te quiero...Dónde tú estés yo estaré...- y se marchó.

Volví a mirar.

Algo sucedió, los muertos dejaron de jugar con los cuerpos ya sin vida de mi familia y miraron hacia la nueva entrada de mi casa. Creo que oyeron los gritos de

unas chicas en la calle, digo oyeron porque yo las oí, aunque tal vez ellos las olieron.

La estancia quedó vacía. La sangre cubría parte de ésta. La mano derecha de mi padre colgaba literalmente por el reposabrazos del sofá. Pendía tan solo de

algunos tendones.

Otra arcada.

Sin darme tiempo a parpadear mi visión se cortó. Todo se volvió rojo. Uno de ellos pasó rozando la puerta del armario. Dí un brinco hacia atrás golpeando algunas

botellas. De nuevo la pregunta sobrevoló mi mente. ¿Tendrán oído? Deseé que no.

Entonces entendí lo que había visto. ¡Eran sus sesos! ¡Dios! Vi como el cerebro desparramado por su cogote aun emitía algunas palpitaciones. Creo que hasta pude

sentir el hedor a carne putrefacta.

Esta vez si que vomité, y al verme cubierta de vomito seguí haciéndolo.

El olor fue algo horrible, la mezcla de muerto con mi comida regurjitada no podía ser más repugnante. Por suerte el zombie ya había pasado, porque si de algo

estaba segura es que podía oler.

No pude soportarlo mucho rato así que abrí una botella de whisky y bebí sin parar. Pensé

que estando hebria podría sobrellevar todo algo mejor. En otra situación

mi padre me habría asesinado por hacer esto, pero ese momento lo requería.

Bebí como una posesa, mientras la vista se me nublaba con cada trago. En mis 19 años no había pillado tal borrachera en tan poco tiempo. Si bien, funcionó. El olor

ya no me molestaba, y apenas sentí miedo ni ganas de llorar.

En el exterior, una explosión se hacía hueco en toda la calle. Coches chocando y alarmas descontroladas, gritos de terror. Intuí que todo estaba sumido en el caos

más profundo.

Mi visión continuó volviéndose un borrón, hasta convertirse en una completa oscuridad. Caí rendida de mi noria ficticia y me dormí.

Desperté un par de horas más tarde. Sentí unos golpes tremendos en mi cabeza, mi cerebro latía dentro de mí, como si no cupiera en mi cráneo y quisiera salir. Con

cada porrazo otro le acompañaba desde fuera, desde una de las ventanas del salón.

- ¡Socorro, por favor! ¡Martín ayúdame! Se han comido a mí...- no supe a quién se habían zampado esos cabrones, pues se la comieron también a ella antes de

decirlo. Pude reconocerla a tiempo, era la Señora Mas, la vecina de al lado.

Siempre la había odiado, ya que desde bien pequeña me asustaba con que me entregaría a un monstruo que ella guardaba en su sótano para que me devorara si

volvía a pisar su césped. Así que yo pensaba lo contrario, deseaba que ese monstruo se la comiera a ella.

Por un momento, casi se me empezó a dibujar una sonrisa en la cara, pues en cierto modo estaba sucediendo exactamente eso.

Intenté cambiar de posición, pero me fue imposible, los huesos se habían amoldado a estar así, sentada y agarrotada. Lo único que conseguí fue una punzada

recorriendo todas mis articulaciones.

Fue entonces cuando pensé en escribirlo todo en un taco de notas que encontré aquí dentro. Sabía que esto no tendría un buen final, así que quise dejarlo todo

plasmado por si mi madre llegaba demasiado tarde para mí.

Y sigo aquí. Han pasado cinco horas ya, mi olfato se ha acostumbrado a oler el vómito y la

sangre, pero mi cabeza sigue pareciendo un tambor y mi corazón se vuelve loco con cada ruido que escucho dentro de casa.

Esos gemidos me están volviendo loca.

Ahora hay algo que me tiene aterrorizada, y no son los cadáveres andantes. Si ésto está sucediendo tal y como lo cuentan las películas ¿Será todo igual? ¿Realmente

te contagian si te muerden? Por lo que he visto ya creo que si, pero eso es algo por lo que ya no puedo pasar, eso si que no. No puedo con la idea de ver como mi

familia se levanta de su lecho de sange medio devorada para intentar comerme a mi después. Por eso no hago más que mirar por la rendija de la puerta, esperando

a que esa mano colgante de mi padre, la que todavía conserva la alianza, comience a tambalearse en el aire.

No veo, las lágrimas me empañan los ojos. Voy a descansar un poco.

Son las once de la noche, tan solo la tenue luz de la lampara que hay junto al sofá ilumina débilmente el salón.

En esta última hora han pasado un par de zombies, a uno de ellos le faltaba media cabeza, el mamón se ha tropezado con una silla y se ha caido. Me ha hecho

mucha gracia, la verdad, me han dado ganas de patearle la otra mitad de cara que le quedaba.

Se ha oido un portazo.

Mi corazón ha empezado la carrera.

Otra visita.

Los pasos se acercan. Son lentos, casi arrastrados. Tengo miedo de nuevo, o quizá no lo he perdido en ningún momento, estando sobria claro.

Está muy cerca. Veo la sombra caer delante del armario donde estoy.

Ese olor, ese aroma.

¿Dónde tú estés yo estaré?

¿Mama?

Tiene que ser ella, ese perfume tan peculiar es de mi madre.

¡Dios! Creo que Elías ha movido una mano. Estoy alucinando. No, se sigue moviendo, se está levantando.

La sombra sigue proyectándose sobre mi escondrijo mientras la muerte cobra vida en el salón. Mi padre se acaba de incorporar en el sofá, intentando recoger sus

entrañas que se esparcen por el suelo. Su mano ha acabado por desprenderse de su antebrazo. He podido oír como se han quebrado sus ligamentos.

Alguien o algo está justo delante de mi puerta, se ha detenido pero oigo sus gemidos.

Voy a acercarme, creo que es mamá, nadie más puede oler así.

La he llamado casi susurrándole pero no me contesta, continúa detenida ahí fuera, contemplando el alzamiento de mi familia.

No puedo más, quiero salir y ver si es ella, abrazarla. Ahora.

Se está moviendo, parece que se está girando hacia mí, pero aun no distingo quién es.

Veo, veo una melena rubia, una blusa rosa...no hay duda, es mi madre. Voy a salir.

He estado a punto de abrir la puerta cuando he visto parte de su rostro. Sí es mamá, o al menos lo fue. Sus ojos blanquecinos se han clavado en mí, su boca

desencajada es un desagüe de sangre.

¡Mamá!

Me ha visto, está abriendo la puerta. Tiene hambre...

¡Dónde tu estés yo estaré!